

H

www.hipocritalector.com

EL CUARTILLO ANTOLOGÍA DE NARRADORES DE LA SIERRA NORTE DE PUEBLA

Miguel Ángel Andrade Rivera
Compilador



EL CUARTILLO⁷

Antología de Narradores de la Sierra Norte de Puebla



En esta séptima entrega,

antes de entrar a la reseña de los relatos, quiero hacer algunas consideraciones respecto de las presentaciones de la antología de narradores.

La tarde del jueves 26 de octubre, en el patio interior de la presidencia municipal de Huauchinango, se presentó el libro *El cuartillo* en el marco de la conmemoración del 40 aniversario del Centro Escolar General Rafael Cravioto Pacheco. A esta presentación llegaron Francisco Javier Fernández Rivera, Adriana Lazcano González, Yanzey Morales Marín, Rosa Elena López Salas, Juan Manuel García Castillo, Jorge Armando Hernández Cabrera, Uziel Maldonado Morales, Mario Alberto Mejía y un servidor. A petición de José Luis Barrios Martínez, director del Centro Escolar, se le entregó un reconocimiento especial a Mario Alberto Mejía por su fructífera trayectoria como periodista y por ser un distinguido huauchinanguense.

El día viernes 27 de octubre, a las 11:00 horas, también se presentó la antología en la Universidad Interserrana de Puebla, campus Ahuacatlán. Por invitación de la rectora de la Universidad, Stephany Aguirre, se presentó Enrique Glockner, secretario de Cultura en el Estado. Los narradores presentes fueron Yanzey Morales Marín, Noemí Garrido Cruz, Valeria Garrido Rivera, Stephany Aguirre, José Antonio Pérez Posadas, Mario Alberto Mejía y un servidor.

Ese mismo día, a las 17:00 horas, en el salón Ramón Márquez Galindo del Palacio Municipal de Zacatlán, con la presencia de Enrique Glockner, secretario de Cultura, de Pepe Márquez, presidente municipal de Zacatlán, también se presentó la antología *El cuartillo*. Los narradores que participaron fueron Yanzey Morales Marín, Valeria Garrido Rivera, Stephany Aguirre, Nemesio Barragán Solís y un servidor.

En cuanto a los relatos de esta entrega, comenzamos con *El puente de Nanahuacingo* de José Antonio Pérez Posadas. Así reseña el relato el antropólogo Jorge Escamilla Udave:

“Los consejos son siempre verdades que la experiencia confirma, y los aparecidos en puentes son las más antiguas y por ello recurrentes. Van juntas en esos lugares que son paso obligado, encierran siempre tragedias que al contarlas buscan evitar se repitan. Nos recuerda que curiosidad y verdad tienen sus consecuencias”



Francisco Javier Fernández Rivera, Adriana Lazcano González, Yanzey Morales Marín, Rosa Elena López Salas, Juan Manuel García Castillo, Jorge Armando Hernández Cabrera, Uziel Maldonado Morales y Miguel Ángel Andrade. Huauchinango, octubre 2023. Foto MAAR

Y con otra mirada, Yanzey Morales Marín, reseña este relato rulfiano de la siguiente manera: “Las actividades cotidianas y tradicionales del pueblo de Cuapancingo, enmarcadas en la bella región de la Sierra Norte Poblana, se ven interrumpidas por un suceso que aflige al pueblo entero.

Una jovencita ha sido violentada. Una familia temerosa del testimonio de su pequeño hijo, quien dice haber visto al culpable, toma, a su entender, una decisión para protegerlo. Sin embargo, en esta acción desesperada, el niño recibe una lección que lo marcará para el resto de su vida”

Nemesio Barragán Solís, escritor y comentarista de televisión, presenta un texto breve donde los protagonistas, enemigos irreconciliables de grupos antagónicos de la revolución, se encuentran en un palenque y se desatan los demonios como en una pelea de gallos. “¡Mátalo, Camilo!”, es el grito angustioso de uno de los contendientes.

Noemí Garrido Cruz, en el relato de *Doña Leonarda* cuenta la historia de amor de una dama que resulta imposible en tiempos de la revolución. Una mujer de fuerte carácter, que ha sufrido la muerte de su esposo, y sobrevive con sus hijas practicando el oficio de alfarera, pretende encontrar el amor en un fugitivo carrancista, pero éste se rompe como una frágil vasija de barro.

Don Venustiano Carranza cabalga de nuevo por la Sierra Norte de Puebla. Ese parece ser el hilo conductor del relato de Horacio López Bonilla, quien de manera magistral, igual que maneja el pincel en el lienzo, teje una historia del paso de Carranza por Zitlalcuautla, población perteneciente al municipio de Tetela, donde pernoctan los carrancistas el 16 de mayo de 1920 en la casa de don Luis Tapia Nava.

Miguel Ángel Andrade Rivera



Puente de Nanahuacingo



JOSÉ ANTONIO PÉREZ POSADAS

Tetela de Ocampo (1990). Licenciado en Filosofía y Letras por la BUAP. Promotor cultural con la Fundación “Rafael Bonilla.” Organizador del simposio El paso de Carranza por la Sierra Norte de Puebla y sus implicaciones históricas en Tetela de Ocampo (2019). Es miembro fundador del Colectivo Zotolo-Tlaneci. Fue director de la Casa de la Cultura en Tetela.

👁 José Antonio Pérez Posadas

● Buenas noches muchacho! ¿Tú de quién eres? ¿De los Posadas del centro, verdad? Tu papá es don José, hijo del difunto Pedro, y tu mamá doña Mari, hija del difunto Avelino. Sí, te conocí desde chamaquito con tus hermanos el Pedrillo y el Juanito, tú eres el más chico de los hombres y está la Mari, la más pequeña. Los conozco bien, aunque no creas.

Yo soy Marcos Huerta Santos, de los barba-dos de Tahuitongo, de los meros Santos. ¿A poco te vas a esta hora para Nanahuacingo por el camino del puente viejo? Yo te digo muchacho que ya no tomes, así no se puede pasar por ese puente. Ya ves que sale la difuntita. Yo por eso siempre camino por la vereda de abajo, la que te lleva ahí por el aguacate de la barranca, está más lejillos y más pesada la subida, pero

así no me espanta mi parienta. No me hace nada, pero no me gusta acordarme.

Fíjate que no es bueno contar chismes. Pero es más malo decir la verdad. A ti te voy a contar algo porque se ve que tú eres tranquilo.

Yo estaba chamaco, así, chico, como los niños de la primaria, fíjate que no era yo burro, si me gustaba ir a la escuela, pero mi papacito le gustaba tener sus chivas y borregas por eso casi no me mandaban. Yo me iba a cuidar al monte a veces con mi hermana, pero ella se juntó luego, luego con el Chinto. Ya me tocó a mí solito la cuidada.

Bien que me acuerdo de esa mañana, era ya día de los difuntitos grandes, amaneció con una helada, antes hacía más frío que ahora, desde temprano caía hielo y del negro. Ahí en toda la joya del río amaneció blanco, aquí en el plan casi no, pero aun así estaba re fuerte el frío. Ese día yo me quise ir tempranito a cuidar las chivas para regresar temprano a comer de lo que



Puente de Nanahuacingo. Ilustración de Itzel Linseyn Anaya Lucas.

cocinaba mi mamacita para los difuntitos, luego nos daba probaditas, porque la comida no se les puede quitar a los muertitos, es para ellos. Pero con un cacho de piloncillo del mole y un espinoso hervido ya comía uno bien..

Ya estaba empezando a clarear, aún la vereda no se veía muy bien, pero mis chivas y yo ya nos sabíamos el camino, hasta corriendo bajaba yo pa'l río con los animales. Bien que me acuerdo, ahí bajando donde están los escalones de arena, donde estaba la cueva del diablo vi una servilleta bordada, de esas que le ponen a la cubeta de la masa, tenía la imagen de la santísima virgen-cita. Yo me pensé, ya van las señoras a moler su nixtamal para los tamales allá con don Baldo, hasta se me antojó uno de mole bien calientito, si ni había desayunado por las carreras, pero pues yo nomás la recogí y la puse ahí donde hicieron la Ermita de la virgen, me dije, ahí la han de ver cuando vengan de regreso.

Me seguí corriendo con mis chivas, ellas ya iban pasando el puente, yo crucé normal, así de rápido. Casi siempre me gustaba asomarme pa bajo, pa'l río pero ya mis animales agarraban por otra vereda y yo tenía que llevarlas ahí con mis parientes del bordo, donde está la cueva de los murciélagos. Iba yo bien, pero una chivilla agarró para abajo al río, ya sabían que luego les pasaba a dar agua ahí, entonces me

bajé a espantarla, yo iba así como dicen, paja-reando, pero no sé por qué volteo para el suelo y vi unos nixtamales tirados, se me hizo raro, y me pensé seguro la señora que tiró la servilleta, le ganaba del baño y por eso la tiró, por ir a las prisas, pero en eso veo más adelantito a mi chiva, se estaba comiendo el nixtamal; ahí estaba la cubeta completa tirada a la orilla de la vereda, entonces si empecé a caminar despacito, y me fui bajando para el río. Pelé bien las orejas y si se escuchaban unos ruidos aparte del agua que corría, no eran hasta abajo, se escuchaba como a la mitad, me acordé que por ahí están las cuevas chicas en el arenal y ya ves cómo es uno de chamaco, quiere uno verlo todo. Que me regreso despacito, ya mi chiva hasta se había ido. Yo dije: ya las chivas se saben el camino y su comedero, no creo que se vayan más lejos, aparte no me iba a tardar mucho si me iba a asomar quien estaba por ahí.

ME SEGUÍ CORRIENDO CON MIS CHIVAS, ELLAS YA IBAN PASANDO EL PUENTE, YO CRUCÉ NORMAL, ASÍ DE RÁPIDO. CASI SIEMPRE ME GUSTABA ASOMARME PA BAJO, PA'L RÍO PERO YA MIS ANIMALES AGARRABAN POR OTRA VEREDA Y YO TENÍA QUE LLEVARLAS AHÍ CON MIS PARIENTES DEL BORDO...

Iglesia de Cuapancingo. Foto: Archivo

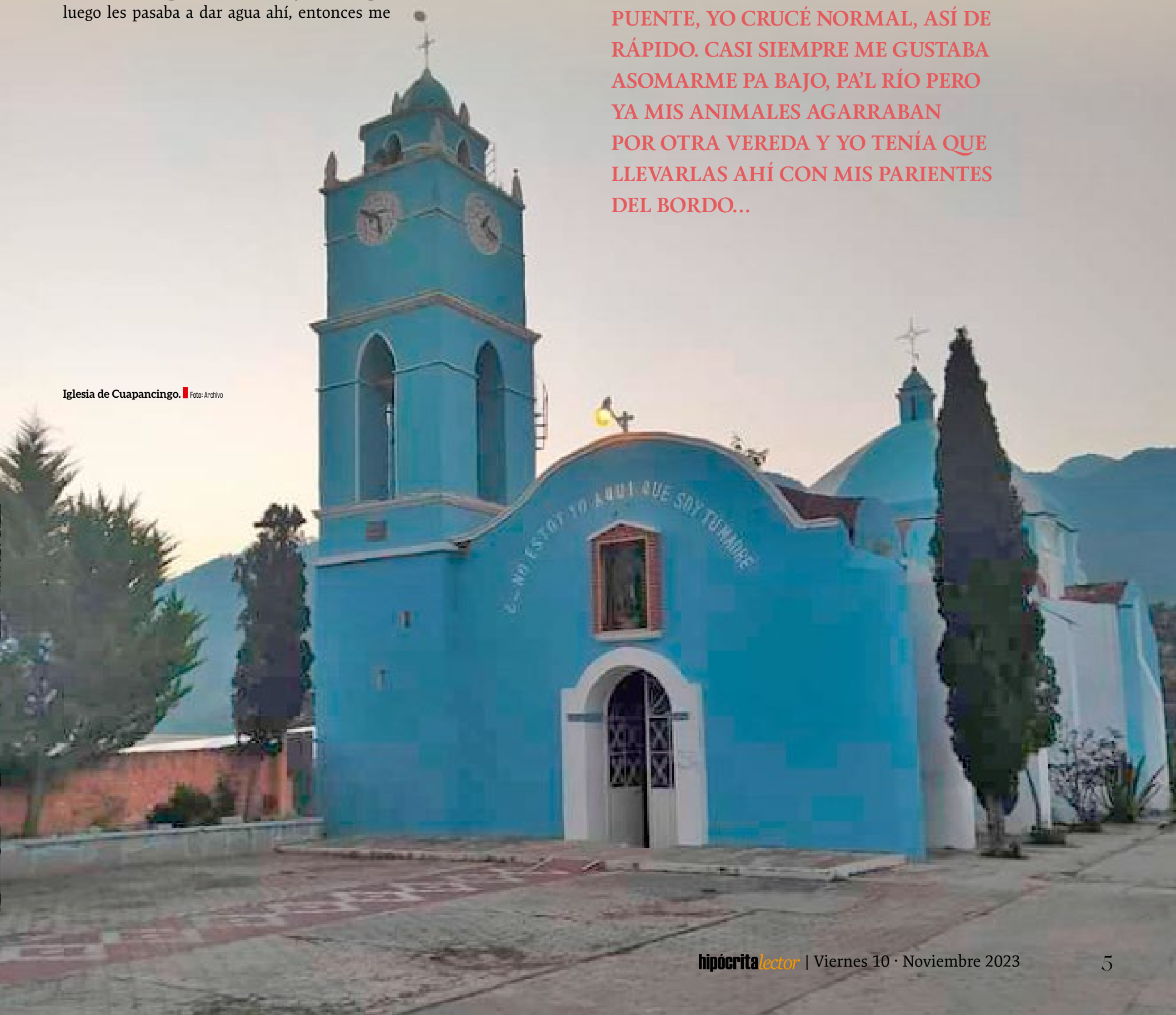




Ilustración de Tatiana V. Niconoff

Rapidito me regresé y me di vuelta por una veredita de esas de las ardillas y tlacuaches, para caerles por el otro lado y que no me vieran, me fui despacito y agarrado de los zacates todos con hielo que me cortaban la mano, pero como pude llegué a la peña, desde ahí se veía todo, me tiré de panza para asomar nomás mi cabeza, alcé así poquito los ojos, para saber quién estaba: cuando vi hasta el frío se me quitó. La que estaba ahí era mi prima, la Teresita, ahí la tenía tirada don Jacinto, el difunto que les cuidaba el rancho a los señores de ahí del centro de Cuapancingo, que era como su hijo; ves que ellos ni tuvieron. Le estaba haciendo cosas de adultos, pero mi prima nada más manoteaba y como que se quería quitar, no sé porque don Jacinto se enojó con ella y le empezó a pegar, yo me espanté porque en una de esas sacó su pistola y creo que con esa también le pegaba, me entró el miedo y yo mejor me regresé despacito para el camino real, no fuera que me viera y me quisiera pegar a mí también.

Me fui sacudiendo el algodón que estaba lleno de ocoxal seco y hojas de encino, hasta que llegué con mis chivas, ahí me quedé nomás cuidando. Yo ya quería que sonará el medio día en el reloj de Cuapancingo para irme a mi casa. Sentí que pasaron como diez años o no sé, mucho tiempo. Ya por fin sonó el reloj y las primeras campanadas de difunto.

Rápido corté una vara de durazno y empecé a espantar mis chivas de regreso. Estas re condenadas no se querían ir, aún era temprano para ellas pero yo tenía frío, tenía miedo y tenía hambre, ya ni se cuál estaba peor.

LA QUE ESTABA AHÍ ERA MI PRIMA, LA TERESITA, AHÍ LA TENÍA TIRADA DON JACINTO, EL DIFUNTO QUE LES CUIDABA EL RANCHO A LOS SEÑORES DE AHÍ DEL CENTRO DE CUAPANCINGO, QUE ERA COMO SU HIJO; VES QUE ELLOS NI TUVIERON. LE ESTABA HACIENDO COSAS DE ADULTOS, PERO MI PRIMA NADA MÁS MANOTEABA Y COMO QUE SE QUERÍA QUITAR...

Como pude y con mentadas, es que si no, no obedecen, las pude arriar de regreso, ahí iba yo despacito y hasta atrás como queriéndome ir para la casa, pero como que no, yo no quería pasar por el río, pero tampoco me podía llevar las chivas por el otro camino de abajo. Iba yo asustado, que tal y ahí estaba don Jacinto, que tal y me pegaba también. Mientras iba yo pensando en eso, cuando veo ya estaba yo a unos pasitos del puente, las chivas ya iban corriendo cruzando, pero yo nada más me agarraba mis cabellos para darme valor.

También arranqué a correr y crucé derecho el puente sin voltear pa' ningún lado, empecé a agarrar la subida a todo lo que daba, pero se me acabó el aire, nomás llegué a la Ermita, así agarrándome la panza porque ya me había dado el

dolor de caballo, que veo que ahí seguía la servilleta de la masa. La agarré de nuevo y vi que aparte de la virgencita, era también recuerdo de sus 15 años. Yo pensé, "a poco mi prima la Teresita no ha regresado, o no la vi?" Yo me la guardé, allá en la casa la iba a ver en la tarde.

Ya como que me sentí más tranquilo y terminé de subir, pero ya despacito, mis chivas ya estaban en las milpas de don Juan del río, a pedradas las espanté, onde que el señor es re bravo. Agarré la vereda y me fui derecho pa' la casa, nomás se veía el humo de las casas del pueblo, ya imaginaba yo como en todas las casas estaban poniendo la comida para el altar de muerto, la cantidad de tamales, los pollos con mole y el dulce de espinoso, hasta se me hacía agua la boca.

AGARRÉ LA VEREDA Y
ME FUI DERECHO PA'
LA CASA, NOMÁS SE
VEÍA EL HUMO DE LAS
CASAS DEL PUEBLO, YA
IMAGINABA YO COMO
EN TODAS LAS CASAS
ESTABAN PONIENDO
LA COMIDA PARA EL
ALTAR DE MUERTO,
LA CANTIDAD DE
TAMALES, LOS POLLOS
CON MOLE Y EL
DULCE DE ESPINOSO,
HASTA SE ME HACÍA
AGUA LA BOCA.



Joven regando sembradío de papa.
Cuapancingo. Foto: familia Barrientos López

Llegué ahí a la vuelta ya para llegar y se veían varias personas en la casa de mis tíos, hasta pensé que estaban matando el marrano que estaba amarrado en el aguacate, me fui derecho para el corral de las chivas, les eché un poquito de pastura, agua y maíz y me metí a la casa.

No había nadie, estaba todo vacío, ni comida había en el altar, sólo una veladora y un vaso con agua, le eche un grito a mi mamá, pero nada. Que me salgo y empiezo a caminar para allá con mis tíos, pero me fui por el camino de atrás, el que iba por las milpas, no quería ver a las personas que estaban enfrente. Conforme iba yo llegando se escuchaba que chillaban, empecé a sentir otra vez dolor en la panza, así como de hambre, pero ya no tenía hambre. Del lado de atrás no había nadie y si estaba el marrano amarrado del aguacate. Yo ya quería llorar y eso que no sabía nada de lo que estaba pasando, pero se escuchaba re feo los chillidos de adentro que se me contagiaban. Abrí despacito la puerta y lo que vi pensé que era un sueño o una historia de esas que cuentan los niños más grandes para espantarme. Eran los pies de mi prima la Teresita que la tenían envuelta en

una cobija de lana y acostada en la mesa donde mi tía pone el altar para los difuntitos. Te juro que se me secaron los ojos, no pude llorar, no pude gritar, no me pude ni moverme, nomás sentí que me dio mucho sueño y no quería estar ahí. Mi mamá luego me vio y me agarró del algodón y me sacó para el frente donde estaba mi papá, nomás me dijo que no estuviera adentro que era cosa de grandes.

Nomás me cambiaron de manos, me agarró mi papá y me llevo caminando pa' la casa, entonces si me solté a chillar en el camino, no sé qué cosa me iba diciendo mi papacito, yo sólo quería llorar y que nada fuera de verdad. Llegamos a la casa y me metió, me dijo que ahí me estuviera, que no fuera para la otra casa hasta que el regresará.

Así chillando y medio trabado yo le dije que sí. Pero yo sentí que le tenía que contar todo lo que vi. Entonces antes de que se saliera y para que me escuchará, grité:

—¡Yo sé quién fue!

Él se volteó y me preguntó muy asombrado.

—¿Qué dijistes?

—Que yo sé quién fue.

—¿Quién fue qué? —me volvió a decir mi papá.



Cuapancingo. Carretera Tetela-Chignahuapan. Foto: Archivo



Sepelio. Foto: familia Ronquillo Mora

—¿QUIÉN FUE QUÉ? —ME VOLVIÓ A DECIR MI PAPÁ.
LE DIJE NUEVAMENTE CHILLANDO QUE IBA CON
LAS CHIVAS Y QUE VI A MI PRIMA EN EL RÍO Y A
DON JACINTO. NO TERMINÉ DE DECIR EL NOMBRE
CUANDO MI PAPÁ ME PUSO UNA CACHETADA. YO
LLORE MÁS FUERTE Y SOBÁNDOME EL CACHETE LE
DIJE QUE NO ERA MENTIRA, DE VERDAD QUE YO LOS
HABÍA VISTO.

Le dije nuevamente chillando que iba con las chivas y que vi a mi prima en el río y a don Jacinto. No terminé de decir el nombre cuando mi papá me puso una cachetada. Yo lloré más fuerte y sobándome el cachete le dije que no era mentira, de verdad que yo los había visto. Más enojado me empezó a pegar y decía que yo no había visto nada. Yo le trataba de decir que no eran mentiras que ya no me pegara. Me acordé de la servilleta que llevaba en mi calzón, seguro si se la enseñaba él me creería y ya no me pegaría. Como pude la saqué, mientras el buscaba algo con que pegarme.

—Mira papacito, esta es la servilleta que llevaba mi prima cuando iba al molino, te digo que no es mentira, yo los vi.

Mi papacito se quedó parado, le estiré la mano para que viera la servilleta, él la agarró, la extendió, yo sentí que si me creía, porque se me quedó viendo enojado, pero sorprendido. Me volvió a preguntar:

—¿Tú los vistes?

—Si, papacito, yo los vi

Esta vez el golpe fue más fuerte. Creo que fue con un palo o con la tranca de la puerta.

—¡Tú no viste nada! Y no te voy a dejar hasta que se te olvide, porque tú no viste nada.

Es lo que recuerdo que decía. Porque pobre de mi papacito, me pegó hasta que ya no pudo más, ya ni me acuerdo a qué horas desperté o que día era, creo que no fui al entierro de mi prima la Teresita. Desde ese día como que se me olvidaban las cosas y como que no entiendo bien.

Dice mi mamacita que me quedé menso de los garrotazos, pero que es mejor porque siempre voy a seguir siendo su chiquitillo y que así me puede cuidar de don Jacinto.

Por eso nunca es bueno decir la verdad.

¡Mátalo, Camilo!



NEMESIO BARRAGÁN SOLÍS

Metlatoyuca, Francisco Z. Mena, Pue. (1960). Profesor de educación Primaria. Tercer lugar en el Concurso Estatal “Canasta de Cuentos Mexicanos” 2016. Ha publicado diversos artículos de opinión en columnas y revistas regionales: Desde la barrera; Zacatlán y Reencuentro. Obra publicada: Pedro Escobedo Hernández. Una vida de inspiración dedicada al danzón. Editorial Zacatecos 2016. Es coautor de Narraciones manzánicas, antología de cuentistas de Zacatlán.

👁 Nemesio Barragán Solís

Cecilio Solís forcejeaba con uno de Ixhuatlán que probablemente era maderista. Tirados en el suelo, en lucha cuerpo a cuerpo, cada uno blandía un arma blanca; Cecilio con un cuchillo corto y el de Ixhuatlán con una filosa huaparra rodaban de un lado a otro, entrelazados, intentando herir a su contrincante.

Camilo, su primo, miraba atento la pelea sin saber qué hacer. Si se acercaba demasiado podía recibir un golpe o ser herido; él tenía un rifle Winchester y una pistola al cinto. Habían



bebido toda la tarde y se toparon con uno que creyeron que era maderista, y desde que lo vio Cecilio, intentó provocarlo para despacharlo al otro lado.

Ellos eran villistas y desde hace tiempo estaban enfrentados a muerte.

Habían llegado al lugar desde que abrieron la puerta del palenque. Ese día los lugareños habían organizado unas peleas, misas y procesiones para festejar al patrono del lugar.

Durante las peleas de gallos y las apuestas en las camoninas y rifas, pidieron cervezas y antojitos, brindando por cualquier cosa, invitando



Foto: Audberto Trinidad Solís



y aceptando las invitaciones de los amigos que estaban sentados cerca de ellos. Cecilio y Camilo eran primos hermanos, pero, además, amigos inseparables de armas en la Revolución de lado de los villistas. Habían sido campesinos que sembraban la tierra, pero con la revuelta tomaron las armas, no por una convicción de lucha social que no entendían; sino por dejarse llevar por la fuerza de la aventura y ver que les tocaba en esa maraña que llamaban Revolución.

No sabían nada, ni quienes eran Francisco Madero, Pancho Villa, Carranza, o Zapata, sólo que eran los jefes máximos. Conocían a sus compañeros de armas, a sus jefes y a las mujeres que los seguían. Ahora había una tregua aparente y se pudo llevar a cabo la fiesta patronal.

En el forcejeo los dos hombres cayeron al suelo y entre gritos e improperios de la gente, Cecilio fue perdiendo fuerzas y se sentía casi vencido y pronta su muerte a manos del odiado fuereño. Ya a punto de sucumbir, en un esfuerzo supremo alcanzó a gritar: ¡Mátalo Camilo, mátalo, que me chinga!

Un fuerte disparo se escuchó y detrás de eso, un pesado silencio se adueñó del lugar. El de Ixhuatlán quedó tendido boca abajo sobre Cecilio, que con dificultad se lo quitó de encima.

—¡Lo chingaste, Camilo! Casi me mata.

CECILIO Y CAMILO ERAN PRIMOS HERMANOS, PERO, ADEMÁS, AMIGOS INSEPARABLES DE ARMAS EN LA REVOLUCIÓN DE LADO DE LOS VILLISTAS. HABÍAN SIDO CAMPESINOS QUE SEMBRABAN LA TIERRA, PERO CON LA REVUELTA TOMARON LAS ARMAS, NO POR UNA CONVICCIÓN DE LUCHA SOCIAL QUE NO ENTENDÍAN; SINO POR DEJARSE LLEVAR POR LA FUERZA DE LA AVENTURA Y VER QUE LES TOCABA EN ESA MARAÑA QUE LLAMABAN REVOLUCIÓN.

Doña Leonarda

✍ Noemí Garrido Cruz



NOEMÍ GARRIDO CRUZ

Zacatlán (1971). Contador técnico y artista plástica. Ha montado exposiciones pictóricas y colaborado con sus narraciones en la radio La hora del cuento. Coautora de la antología Narraciones manzánicas. editada por la Secretaría de Cultura, Puebla, 2021.

En un pueblo de la sierra poblana ubicado entre Aquixtla y Tetela de Ocampo, por un camino casi escondido, se alcanzaba a distinguir una casona que se confundía con la vegetación, en una pequeña colina estaba la casa, construida de adobe con techo de tejas, las puertas y ventanas estaban hechas de resistente madera, en un tanque muy grande se almacenaba el agua cristalina, que bajaba de las montañas, en un pequeño riachuelo. En la parte trasera de la casa estaba una galera de madera con grandes ventanas, era el taller de alfarería, ahí se hacía toda clase de loza de barro, afuera en el patio había un horno de ladrillos que cuando estaba prendido parecía un gigante exhalando fuego; al otro lado estaba el machero, en ese momento pastaban tranquilos dos caballos: un tordillo y un lucero.

Alguna vez esa casa había sido próspera, pero esa noche parecía abandonada a no ser por el hilito de humo que salía de la chimenea. La dueña del lugar era Leonarda Fernández, una mujer morena, joven, de ojos negros, largos

cabellos y figura bonita, se había quedado ahí con Jacinto, el peón, y Luciana, su mujer, que le ayudaba en las labores de la casa; los demás se habían marchado muy temprano en una caravana a Zacatlán, a la casa de su abuela Mireya López; veinte mulas llevaban las cajas llenas de loza y en la carreta iban sus dos hijas y los padres de Leonarda,

En el entorno del pueblo, se escuchaban tantas historias de la revolución: que a los hombres jóvenes se los llevaba la leva, que a las mujeres hermosas se las robaban a lomo de caballo y terminaban convertidas en soldaderas sirviendo a la tropa, pero Leonarda no quería ese destino para sus hijas, por eso trabajaba con esmero en el taller de alfarería

Esa noche, la dura jornada había terminado, Leonarda se desvistió en su cuarto dejándose solo una bata, soltó su cabello y revisó que su pequeña pistola calibre 22 estuviera bien atada a su muslo, solía llevarla de día y podía sacarla con facilidad por la abertura de los vestidos que simulaban ser una bolsa, su abuelo le había



Bodegón ■ Óleo de Noemí Garrido Cruz.

enseñado a usarla, aunque era peligroso e incómodo, esa noche dormiría con ella.

Recordó su fascinación cuando vio a su abuelo con un trozo de barro en sus manos y como el barro se transformaba en tantas figuras; se deslumbró con el horno sacando llamas y chispas que iluminaban la noche en una danza de luces fantasmales, por las ventanas de aquel horno vio la loza al rojo vivo. En cuanto creció, Leonarda dividía el tiempo entre ir a la escuela y aprender el oficio de la alfarería; eran tantos recuerdos, pero debía dormir.

El peón y su mujer ya dormían en su jacal y ella estaba por conciliar el sueño, cuando escuchó cascos de un caballo, se asomó a la ventana y vio una sombra de un caballo con su jinete, rápidamente se calzó las botas y se tapó un sarape, tomó la escopeta y salió sigilosa por la puerta trasera, el hombre llegó, desmontó y tocó suavemente, ella lo encañonó en el costado, mientras le preguntaba:

¿Qué busca?

Estoy herido necesito ayuda, y le enseñó la camisa.

Ella la tocó sintiendo algo viscoso, estaba llena de sangre; aturdida lo guio hacia el machero donde desensillaron el caballo y ella le tiró algo de pastura. Luego fueron a la cocina, le ofreció una silla, salió por el cajón que contenía algunas medicinas y otras unciones.

No se preocupe, solo es un rozón de bala, voy a estar bien.

la noche estaba helada y empezaban a caer algunas gotas de lluvia. Por precaución, Leonarda le avisó al criado sobre la presencia del hombre. Cuando regresó le ayudó a quitarse la camisa para revisar la herida. A la luz de las velas pudo ver su rostro, pálido y cansado, era alto, tenía barba y bigote; mientras lo curaba él cerró los ojos, sentía sus cálidas manos. Al fin terminó y vendó la herida, él le agradeció con la mirada.

¿Quieres comer algo?

El asentó con la cabeza y se llevó las manos al costado.



Charros en el lienzo de Zacatlán Foto: Miguel Ángel Andrade Rivera.

Se movió silenciosa a la cocina y removió las brasas para calentar comida; le sirvió un jarro con café caliente, luego en un plato hondo sirvió carne de cerdo con frijoles y le calentó unas tortillas; él comió con avidez, ella solo miraba sin decir palabra. Los ojos del hombre brillaban de agradecimiento.

Enseguida cambiaron a un cuarto amplio, le pidió que descansara en una banca grande y le fue a traer unas cobijas; se despidió y temerosa caminó hacia su cuarto, puso la tranca y dejó la escopeta lista en el buró, estaba nerviosa de tenerlo ahí, desde que su marido había muerto ningún extraño había entrado a la casa.

Al otro día temprano la despertaron sus pasos en el piso de tablas, se levantó de prisa y se abrigó, él ya se estaba preparando para partir, se veía mejor y le pregunto cómo se sentía, él respondió que bien, que hacía mucho tiempo no dormía tranquilo. Con la luz del día pudo ver sus verdes ojos, de un mirar revoltoso, ojos que atraían, recordó las olas del mar en la playa de Tuxpan, las palmeras, el viento revolviendo su cabello, abstraída, pensó que ese hombre era bueno.

Con ánimo y menos desconfianza compartieron los alimentos: café, frijoles, carne frita y chile. Mientras comían él contó que se había enrolado en la revolución con los hombres de Venustiano Carranza, el Presidente de la República, que había sido desconocido por sus oponentes; le habían encargado la comisión de buscar carrancistas leales pues muchos se estaban adhiriendo a las fuerzas de Obregón, pero no podía contarle más de eso; le mencionó que se había salvado varias veces de la muerte en crueles batallas, donde hombres que no se conocían ni se odiaban terminaban matándose entre sí por pertenecer a diferentes bandos, olvidando que todos eran de una misma tierra.

Me llamo Emilio Cuevas, dijo limpiándose la boca con el dorso de la mano derecha.

Le relató de las largas jornadas bajo el sol y las noches donde caían lluvias torrenciales, donde hombre y caballo vaporizaban, hombres y bestias emergiendo del infierno; se quejó del hambre, del frío y el miedo que a veces le oprimía el corazón de molusco herido. Notando su atención le preguntó qué hacía una mujer sola en ese lugar aislado.

Ella le contó que era viuda y con dos hijas, que su marido murió de la picadura de una víbora, que la casona se la heredó el abuelo, de quien aprendió el gusto por la alfarería, esa era su vida y su pasión y de esa actividad dependían varias familias.

Él le ayudó el resto de la tarde con algunos quehaceres de la casa. Pronto llegó la noche con su vestido negro. A la luz de las velas se calentaban cerca del bracero y tomaban café en los jarros de barro. Le contó más de su vida, era soltero, y vivía en la capital, trabajando como dependiente en una tienda de abarrotes. Su mirada la hacía estremecer, ya había sentido eso una vez; le pidió más café, cuando le regresaba el jarro lleno de café, sus manos de él atraparon las suyas; ella sintió que se le incendiaban las mejillas, retiró sus manos de prisa, se despidió dejándole las cobijas, tuvo una sensación de angustia y de peligro.

Él se acomodó para dormir, pensaba que era una mujer noble, trabajadora, hermosa y además valiente, pues había arriesgado su vida por él; un noble sentimiento se le anidó en el alma, pero antes que nada debía cumplir su comisión, no era momento para andar de enamorado. Afuera se soltaba una lluvia precoz.



**ÉL SE ACOMODÓ PARA DORMIR,
PENSABA QUE ERA UNA MUJER
NOBLE, TRABAJADORA, HERMOSA
Y ADEMÁS VALIENTE, PUES HABÍA
ARRIESGADO SU VIDA POR ÉL; UN
NOBLE SENTIMIENTO SE LE ANIDÓ
EN EL ALMA, PERO ANTES QUE NADA
DEBÍA CUMPLIR SU COMISIÓN, NO
ERA MOMENTO PARA ANDAR DE
ENAMORADO. AFUERA SE SOLTABA
UNA LLUVIA PRECOZ.**

Al otro día temprano, ya estaba el morral para su viaje. Leonarda le puso en una servilleta bordada unos itacates, carne seca, su cantimplora llena de agua y un sarape; él ya vestía su ropa limpia de nuevo, la camisa ya tenía zurcida la abertura que la bala había dejado. Su caballo esperaba afuera ya ensillado. Como agradecimiento le ofreció una medalla, que estaba chueca por un balazo...

Ambos se sentían desesperanzados. Le ofreció un poco de comida, mientras le servía el café Leonarda se asomó a la ventana, a lo lejos se veían dos jinetes, Emilio echó una mirada, por la forma de los sombreros que portaban entendió que lo buscaban; ella le pidió que se escondiera en el horno y salieron corriendo, cuando se introdujo, las manos rápidas de la mujer cubrieron la ventana con pesados cazos y algunas ollas para que pareciera repleto. Los hombres desmontaron y avanzaron por el patio, muy despacio y volteando para todos lados; de prisa regresó a la casa, dejó la montura envuelta en las cobijas, sacó el raído rebozo y unos anteojos, del comal tomó tizne, manchó sus dientes y su cara, las uñas se veían negras y los dientes parecían podridos; luego se sentó a atizar el bracero, tenía el aspecto de una anciana.

Tocaron fuertemente, aparentando calma Leonarda abrió la puerta, dos desconocidos le dijeron que buscaban un hombre, que si lo había visto, contestó sin titubear que no, sus manos

sudaban pero se mantuvo serena; sin su consentimiento empezaron a registrar la casa. Un flaco de tez morena, con barba y bigote negros que hablaba con voz rasposa, se quedó en la cocina observando detalladamente cada rincón; el otro chaparro, lampiño y con unos ojos lascivos que daban miedo, revisó cuarto por cuarto revolviendo todas sus cosas, ella permaneció sentada en una silla, conteniendo su miedo, solo los seguía con la mirada, sin protestar.

Después de haberle dejado desorden en la casa, se pasaron al taller de alfarería, deshaciendo con la pala los montones de barro seco y desbaratando el barro fresco que estaba tapado con una gran manta, por último le tiraron un par de balazos al horno haciendo pedazos algunas ollas y cazuelas, después se marcharon igual que un remolino.

Ella había tenido cuidado de quemar los trapos con sangre de la curación y la lluvia había borrado los rastros del caballo. Cuando ya los vio lejos, llena de miedo y pensando lo peor, fue a buscar a Emilio, le habló temerosa de que no le respondiera, no escuchó nada, su corazón le palpitaba aceleradamente, comenzó a retirar los escombros, sus dedos se cortaron, cuando por fin lo vio lanzó un grito que se volvió reclamo: su cuerpo estaba inerte sobre los trastes rotos, una bala le había reventado la cabeza.

La ilusión del amor se evaporó como un jarro de barro destrozado...



Tú, Venustiano, no sabías

✍️ Horacio López Bonilla



HORACIO LÓPEZ BONILLA

Tetela de Ocampo (1957). Veterinario y artista plástico. Trabajó en el área de mercadotecnia y visual merchandising. Durante doce años se dedicó a estudiar el Altar de Carreragco, vestigio rupestre del paleolítico superior, cuya investigación pronto será conocida en un libro de su autoría.

Don Venustiano, aquella sobria casa de Tierra de Estrellas y portalito para cafetear, allí justo donde termina el arcoíris, no tiene ya nada que darte, ayer te lo ha dado todo.

Y siempre este señor entrado en años que es de mi pueblo, por siempre de los siempres ha sido así, cada que habla resuena el monte interior en cada pecho de la gente, por eso cuando escuché ayer al mediodía las palabras de un descendiente de la familia Tapia Nava, la llovizna de detuvo un poco para dejar crecer un acento de arcoíris: “Yo siento emoción al ver este tesoro que nos han venido a pintar algunos artistas de Tetela, en estas paredes, aquí en esta casa en donde mis abuelos le hicieron lugarcito a un señor tan importante como el presidente de México. Yo no sé porque tienen tan olvidada a nuestra comunidad, cúspide del arcoíris. Pero sepan que nosotros les vamos

a conservar esta pintura porque nos gustaría que nos visiten más, así hacemos fuerza trabajando juntos”. Eso pronunció de su ronco pecho nuestro amigo, clarito y sin tanto cueterío, Venustiano, sólo los matices del mural fueron los que se oyeron en nuestros corazones y cada quien le habrá colgado algo tuyo a sus historias personales, pero en mi caso, yo vi a través de tu imagen revolucionaria el recuerdo de mi entrañable abuelo Juan Bonilla Cuevas, masón grado 33, y hasta me traje su bayoneta oxidada y su cuchillo de caballería enfundado, bien escondido no fuera a ser que me lo quisieran “carrancear”. Y en las palabras del mismísimo señor que habló, alcancé a percibir el mismo dejo de reclamo que impregnaba la voz de mi querido padre Juan Idulio López Manzano, al narrar el acoso de los cristeros que asolaban la sierra norte de Puebla. Entonces puse atención. A mis espaldas oí un ruido, justo sobre



Mural de Zitlalcuautla. Foto: Horacio López Bonilla.



Luis Tapia Nava, constitucionalista que atendió a Carranza en Zitlalcuatla ■ Foto: Archivo

...ESTOS PARAJES
NO PERDONAN
A LAS ALMAS
SEDIENTAS, ASÍ
QUE POR FAVOR
AGÉNDATE UNA
VISITADITA PARA
QUE VENGAS A
PROBAR OFRENDA
EL DÍA DE LOS
GRANDOTES,
AQUÍ SE TE VA A
PREPARAR UN
ALTARCITO PARA
QUE VENGAS A
LIBAR.

la pintura mural rebotaba el eco del canal de riego que corría detrás, lo construyó el mejor amigo de mi padre, Anatolio Lobato Romano, ingeniero de profesión, y que todavía sigue llevando el vital líquido de los manantiales de Zitlalcuatla hasta las comunidades de Tetela, así que parece que está irrigando nuestra genealogía, tan cercana a nuestra gente de Zitla, que hasta quisiera irme a trabajar a la casita de doña Tere, en la ladera de enfrente, donde me gusta escribir a la luz de una vela, oyendo cantar a los tecolotes, aullar a la coyotera y los cacomixtles, pues que se aguanten, por cierto, considérense parte obligada del muralismo. Desde que vi aquella composición pictórica, se me iluminó un poquito el alcance del canal de riego de la Constitución de 1917. Tú, Venustiano, a lo mejor ignorabas que Zitlalcuatla en náhuatl significa “tierra de estrellas” o “monte de estrellas”, pero lo supiste la noche que pernoctaste aquí, el caso es que precisamente aquel día que tú venías bajando de Tetzoncuahuigtic, era el día número 138 del año y esa fecha es especial porque coincide con el primer paso cenital del Sol en estas latitudes, y tal vez no percibiste su forma de brillar por tus gafas tan agobiadas por tanto lodazal de la retaguardia, pero todo está predestinado, y con esa intensidad se movió el sol aquel día sobre

tu espalda, y también sobre el oro en el lomo de tu mulerío, donde se reflejó el arco iris, ese fue un buen augurio y lo descubrí en los ojos azules cielo de Marilú, que se enredaron con el arcoíris y fueron a caer exactito en donde está enterrada la olla bajo el mural de Zitlalcuatla, y ya para despedirme, por si nos estas oyendo, tú pernoctaste aquí con el sosiego de las luciérnagas desparpajándose entre los manantiales, crepitando como trementina abriéndose vuelo en los magueyales fructíferos, y déjame decirte que estos parajes no perdonan a las almas sedientas, así que por favor agéndate una visitadita para que vengas a probar ofrenda el día de los grandotes, aquí se te va a preparar un altarcito para que vengas a libar.

Pero sabes, Venustiano, eso que te dije ayer, no es todo lo que hay que decirte, pues la secuela de tu trashumante peregrinaje continúa hermanando pueblos originarios: Tetela, Zitlalcuatla, Tetzoncuahuigtic e Ixtacamaxtitlán, y los amarres provienen desde endenantes, las ataduras de nuestros ancianos sabios siguen haciendo historias paralelas. Ayer mencioné a mi abuelo Juan. Hoy, Venustiano, quiero decirte que, si acaso llegara a haber un altar de muertos junto a tu mural de Zitlalcuatla, vas a reconocer la herencia que dejaste.

Por eso te contaba: mi abuelo Juan fue maestro de escuela primaria de La Soledad y Totomoxtla; daba clases en náhuatl y castellano. A sus ochenta y tantos años, andaba vestido de calzón de manta, camisa almidonada, sombrero de palma y cargaba un morral de ixtle, donde guardaba un fajo de cartas manoseadas, atado con una liga roja, ancha, de las medias de mi abuelita, y aunque él no nos decía nada, siempre tenía el morral junto a su almohada; algunas de las hojas estaban lacradas con brea y suscritas de tu puño y letra, Venustiano, por eso me dirijo a ti con tanta confianza; otras de don Porfirio y otras más de varias logias masónicas de aquí y de allá, yo creo que por eso mi abuelo era un soñador, pero a estas alturas ya no se sabe si la carga epistolar es el único testimonio que nos queda impregnado de espiritismo.

Anoche habló conmigo Régulo Lobato, hijo de Anatolio y me dijo al oído: “Unas horas antes de que el presidente Carranza pernoctara en Zitlalcuautla, pasó la tarde en Tetzoncuahuitic, en la casa de mi abuelo Hipólito Lobato Leal, quien era el Jefe de Armas. Le tenía preparada comida para toda su tropa. Allí descansaron y comieron; en agradecimiento, Carranza le obsequió a mí abuelo dos espadas engalanadas y una silla de montar muy grande, bordada con hilos de plata y adornada con enormes alforjas; la cabeza de la montura tenía un águila realzada con el mismo metal; los estribos también estaban plateados.” Era tan grande que no le quedaba a ningún caballo del sitio. Yo creo que por eso se la dejaste, Venustiano, bien sabías que no había caballo que aguantara alforjas vacías.

Dejaste cartas y monturas y aunque no sepamos en donde están, seguimos cabalgando sobre ellas. ¡Cómo no me dejaste tus gafas para reimaginar el arte pictórico que busca atrapar tu imagen escurridiza!

Pero tú, Venustiano, agarraste esos caminos al pelo y de bajadita y marcaste la ruta a seguir, y no imaginaste siquiera la tolvanera que sigues levantando, tú trazaste a la luz de un pabito impregnado con petróleo el puente que hermana a nuestros pueblos en el corazón de la Sierra Norte, que sigue hambrienta de justicia.



Ilustración de Itzel Linsey Ariaga Lucas

MI ABUELO JUAN FUE MAESTRO DE ESCUELA PRIMARIA DE LA SOLEDAD Y TOTOMOXTLA; DABA CLASES EN NÁHUATL Y CASTELLANO. A SUS OCHENTA Y TANTOS AÑOS, ANDABA VESTIDO DE CALZÓN DE MANTA, CAMISA ALMIDONADA, SOMBRERO DE PALMA Y CARGABA UN MORRAL DE IXTLE, DONDE GUARDABA UN FAJO DE CARTAS MANOSEADAS...